



Aron Cotrus, el transilvano, español de adopción, procedente del espacio trágico de su patria y del más amplio de la latinidad, se encumbra en el firmamento de Montserrat para tropezar con sus canchales eternos y arrancar de ellos los acentos sonoros de la desolación superados al cabo por la esperanza del cenobio que inhabita una Virgen morena. Se anega Cotrus en el océano de piedra, pero si no se acoge a ninguno de sus peñascos berroqueños que le culminan como olas petrificadas, es porque se niega con negación casi total, casi ascética, a todo lo que es

manifiesto. El hombre de los Cárpatos, que es Cotrus, ha encontrado en Montserrat una afinidad imperiosa para su alma.

Es indudable la importancia que tiene para nuestras letras el singular y casi exótico ensayo de adaptación española del verbo poético de Cotrus. Por su amor a nuestro verbo, al verbo español, Cotrus ha hecho obra filológica. A raíz de sus primeras obras escritas en verso, a menudo libérrimo, se ha lanzado a la ventura de la rima equisonante, de la rima masiva y corpórea. Y ha acertado plenamente y con una brillantez apenas sos-